

que podia muy bien decir misa á pesar de aquella molestia, porque sentado en una silla y asistido por un sacerdote revestido de sobrepelliz y estola, que lo ayudase, podia sorber el *sanguis* de modo que no habia peligro de que se derramase. Agradó mucho á Alfonso este consejo; y despues de haber oido la opinion de otros teólogos, y de haber hecho la prueba muchas veces con buen éxito, volvió con gran júbilo de su corazon á celebrar misa de este modo, y así continuó siempre sin que jamas le ocurriese accidente alguno.

CAPITULO XI.

Renuncia el obispado San Alfonso y vuelve á su congregacion.

Solo por obedecer al Romano Pontífice, y al mismo tiempo por no oponerse á la voluntad divina, habia aceptado Alfonso el grave peso del obispado. Pero creyendo á los pocos años que no podia cumplir perfectamente con las obligaciones del ministerio pastoral en atencion á su edad avanzada, y á sus indisposiciones corporales, pensó en renunciarlo para mayor bien de su iglesia. Pero encargó á uno de los padres de la congregacion, que hablase en Nápoles

con algunas personas notables y de saber para que manifestasen si aprobaban su designio. Y como le contestó que aprobaban la renuncia en atencion á la edad y á las angustias en que se hallaba, así como al alivio de su espíritu ageno á esta dignidad é inclinado á la soledad, no quedó en manera alguna satisfecho, respecto á que el motivo de soledad y de alivio de su espíritu redundaban en comodidad propia. Así es que escribió espresamente al padre Villani su director, que no se tranquilizaba su conciencia con la opinion que se le habia dado; porque el motivo de la soledad y del alivio propio estaba escludido por el capítulo *Nisi, de renunci.*, y que solo podian valer su avanzada edad y lo achacoso de su salud, así como el perjuicio que resentiria su iglesia, por no poder en ese estado cumplir con sus obligaciones; y que por tanto tomase consejo de otras personas tan pías como instruidas que le indicaba. Porque *no querria yo, le escribe, que la celda me condujese al infierno por haber dejado la carga contra la voluntad de Dios. Estoy cierto de que hace algunos años quiso Dios que yo fuera obispo, y ahora para dejar de serlo, debo estar tambien cierto, moralmente hablando, de que el mismo Dios no quiere ya que lo sea.* Sin embargo, para quitarse enteramente todo escrúpulo, resolvió, con parecer de su mismo director, esponer sencillamente al Papa su

edad y sus graves indisposiciones corporales, añadiéndole su entera sumision á la voluntad del mismo Pontífice. Este, que por otra parte era todavia el mismo Clemente XIII, esto es, el mismo que se habia empeñado en hacerlo obispo, le hizo responder que bastaba solo su reputacion para el bien de la diócesis. Con esta respuesta se tranquilizó Alfonso y desechó todo escrúpulo con respecto á lo que le parecia que no podia hacer.

Pero despues de la grave enfermedad de que hemos hablado, y de la cual quedó no solo con el cuello encorvado, sino aun incapaz de poderse mover y andar sin auxilio extraño, y con el oido entorpecido, comenzó de nuevo á verse agitado por los escrúpulos y á no encontrar tranquilidad, considerándose ya enteramente inepto para gobernar su diócesis. Manifestó á muchas personas esta angustiosa idea que continuamente lo atormentaba, y entre otras, á Monseñor Albertini, obispo de Caserta que habia ido á verlo á Arienzo. Habiéndole preguntado éste en la comida, cuántas almas contaba en su obispado, y habiéndole respondido que eran cerca de treinta mil, otras tantas, replicó el mismo Monseñor Albertini, componen mi diócesis. Entonces Alfonso, sacudiendo un poco la cabeza, y tomando cierto aire serio añadió: *Tenemos los dos treinta mil libras de peso se-*

bre los hombros. ¡Pobres de nosotros si por nuestra negligencia se pierde una sola de tantas almas como se nos han encomendado!

Así, pues, con el fin de quitarse esta espina que tan fuertemente lo punzaba é irritaba, despues de haber tomado consejo de muchos hombres sábios y particularmente de su mismo director el padre Villani, espuso en una carta que escribió al Sumo Pontífice, que era entonces Clemente XIV, todas las razones por las cuales se consideraba inhábil para seguir gobernando su diócesis, y particularmente por no poder hacer ya la sagrada visita, suplicándole por tanto que tuviese á bien aceptar la renuncia. Pero este Pontífice, ya porque no estimaba en menos que sus predecesores la santidad de Alfonso, como porque habia recibido cartas, particularmente de los curas de la diócesis de Santa Agueda para que no aceptase la renuncia de su obispo, rehusó recibirla, y le hizo responder por el cardenal Castelli, prefecto entonces de la sagrada congregacion de obispos y regulares, *que valia mas ante Dios, y era mas provechosa al bien de su diócesis, una oracion que él hiciese en su cama, que mil visitas y mil disciplinas de sangre.*

Al oir esto Alfonso, conformándose en todo con la voluntad del Sumo Pontífice, y por consiguiente con la de Dios, se manifestó pronto á permanecer sobre

aquella cruz y á sufrir las angustias de espíritu y los escrúpulos que lo atormentaban dia y noche viéndose incapaz de gobernar su diócesis como habria querido. Pero yendo siempre mas y mas en aumento en él estas penas interiores, y agravándose cada vez mas las indisposiciones de su salud, tanto los individuos de su congregacion, como aun muchos obispos le dijeron y le instaron que repitiese su súplica al Papa, para que se dignase descargarlo de un peso que por todos lados se le habia hecho demasiado gravoso. A lo cual respondió Alfonso con mucha tranquilidad: *Si repito la renuncia, no la acepta: tengamos paciencia y esperemos al que viene despues.* Esta respuesta movió algun tanto á risa, porque él ademas de los setenta y tres años de edad que tenia, era estropeado y estaba lleno de achaques, mientras que el Papa estaba sano y robusto y contaba diez y siete años menos que él. Y sin embargo fué una profecía que se vió enteramente cumplida al cabo solo de cinco años.

Entre tanto conservó por estos otros cinco años las riendas del gobierno de aquella iglesia, en cuyo tiempo quanto mas incapaz se fué poniendo para obrar con el cuerpo, tanto mas mostró aun su heroico celo por el bien de su grey. Continuó rigiendo siempre su diócesis del modo ya dicho arriba, y ni aun dejó de predicar, en los últimos años de su obis-

pado, en cuya época se habia llegado á enflaquecerse tanto, y á encorvársele tanto la cabeza, que escitaba las lágrimas del que siquiera lo miraba. Por otra parte el mayor prodigio era, que encendiendo su celo se le veia ponerse ágil de repente como cualquier jóven robusto, y que concluido el sermon volvian á recobrar sus nervios su habitual rigidez, y ya no podia ni dar un paso por sí solo. Lo que causaba no poca admiracion á los que lo veian, y los que debian sostenerlo al bajar la escalera, decian entre sí: *Al bajar el viejo necesitará de nosotros, y ahora que está en el pulpito predicando, se endereza y se sostiene por sí solo.*

Viendo los médicos, que no podia andar á pié, quisieron que á lo menos saliese en coche con frecuencia, creyendo que aquel movimiento le aprovecharia para disminuir en algo el entorpecimiento de sus miembros; pero él no quiso volver á comprar coche ni mulas con perjuicio de los pobres, ya que habia vendido el que tenia para sustentarlos, sino que para obedecerlos, de allí en adelante no hizo mas que servirse una que otra vez de un coche alquilado. Tambien querian los médicos que con motivo de tantas enfermedades como padecia, comiese carne en la cuaresma y en todas las demas vigalias del año. El solo hacia que se la pusiesen por escrito, y ademas queria que la suscribiese el arcipreste párroco; pero

despues, para mortificarse, nunca hacia uso de ella, con el pretexto de que le hacia daño la carne y que le bastaba la sopa hecha con mantequilla. Y así habria sucedido si los médicos y sus familiares que nunca lo habian podido convencer sobre este punto, no hubiesen tomado el partido de hacérsela preparar con caldo de carne sin decirle nada, pues conocian que no habria podido sostenerse en el estado en que se hallaba, comiendo la sopa como deseaba. A la mortificacion de la gula correspondian tambien todos los otros medios de que se servia para affigir su cuerpo; de modo que se podia decir muy bien, que cuanto más se debilitaba éste por todas partes con sus graves enfermedades, tanto mas gusto tenia él en atormentarlo por todos los medios posibles.

Cuando se hallaba tan enfermo, y justamente en el otoño del año de 1772, fué á visitarlo á Arienzo el padre D. Fabio Buonopane de su congregacion, y le manifestó el temor que tenian sus alumnos de verse muy pronto privados de él, tanto por su avanzada edad, como por los achaques que padecia su salud; mas Alfonso le respondió inmediatamente que todavia tenia que vivir mucho tiempo. A esta respuesta quedó aquel como aturdido, pues le parecia que no podia convenir en manera alguna con el estado de Alfonso tan enfermizo, y despues de un rato volvió á

esponerle el temor comun de su próxima muerte, y obtuvo la misma respuesta, por lo que dicho padre se imaginó que podria aun vivir otros siete, ó cuando mas, otros ocho años; pero se equivocó mucho, porque sobrevivió otros quince.

Ya hacia trece años que Alfonso llevaba el peso del obispado, y cerca de seis que éste se le habia hecho mas y mas gravoso por sus enfermedades, cuando un dia, que fué el 21 de Setiembre de 1774, en Arienzo, donde vivia entonces, estando en un sillón de brazos, se le vió como adormecido placida y profundamente, y aunque continuó en este estado no solo toda la noche, sino aun parte del dia siguiente, su criado se limitó á estar al cuidado sin atreverse á despertarlo, por habérselo prevenido así el vicario general. Habiendo tocado la campanilla de repente el 22 en la tarde, acudieron al instante algunos de sus familiares, y viéndolos asombrados les dijo: *¿Qué es? ¿qué sucede?*—*Hace dos dias que no hablais, le respondieron, ni coméis ni dais ningun indicio de nada.*—*Decís bien, replicó entonces Alfonso: ¿pero no sabeis que he estado asistiendo al Papa que acaba de morir?* En efecto, no pasó mucho tiempo sin que supiesen que Clemente XIV habia pasado á la otra vida el 22 de Setiembre á la misma hora en que Alfonso habia tocado la campanilla y habia anunciado su muerte.

Habiendo sido, pues, colocado en la cátedra de S. Pedro el Sumo Pontífice Pio VI, acudió Alfonso inmediatamente á él esponiéndole las mismas razones para moverlo á aceptar su renuncia, y suplicándole al mismo tiempo que tuviese á bien librarlo de los escrúpulos en que vivía continuamente. Aun este Pontífice se mostró al principio renuente á aceptarla, sabiendo muy bien, que la sola presencia de Monseñor de Liguori era mas que bastante para santificar toda la diócesis, y que ademas, era el espejo y el modelo de todos los obispos. Sabido esto por Alfonso, le hizo saber al momento que estaba pronto á sacrificar su salud por conformarse con la voluntad del Vicario de Cristo. Pero mejor informado éste despues, del estado verdaderamente digno de compasion en que se hallaba Alfonso, pues que á su avanzada edad y á sus graves enfermedades habituales, se habia agregado una disminucion no corta de la vista y del oido, reconoció que eran muy justos y racionales los motivos que lo impelian á renunciar el obispado. Con esto aceptó la renuncia el 17 de Julio de 1775, y le hizo escribir por el cardenal Giraud lo que sigue: *Su Santidad ha oido con una verdadera amargura de corazon el infeliz estado de salud que lo determina á dar este paso. Persuadido como está el Santo Padre de sus méritos y de su pastoral vigilancia, consiente de mala*

voluntad en su retiro del gobierno de esa iglesia; pero convencido tambien de los justos motivos que tiene para hacerlo, no quiere angustiar su espíritu, y ha venido en aceptar su renuncia. De este modo á los trece años cumplidos de gobernar la iglesia de Santa Agueda de los Godos, resignó Alfonso libremente su obispado en manos del Pontífice; y lo hizo no solo sin pedir pension ninguna, pero ni tampoco otro título de alguna iglesia situada en lugar de infieles, como suele hacerse comunmente.

Luego que Alfonso recibió esta noticia dió un fuerte suspiro y dijo: *Alabado sea Dios que me ha quitado una montaña de encima de los hombros.* Despues dió las mas humildes gracias al Señor por haberlo librado de un peso que tanto lo oprimia y que lo tenia en continuas agitaciones y temores. Tambien escribió una respetuosísima carta al Snmo Pontífice dándole las gracias porque se habia dignado aceptar su renuncia, y rogándole al mismo tiempo que tuviese á bien concederle el privilegio del altar portátil en su aposento para sí y para los demas, en virtud de que por sus indisposiciones no podia ya celebrar en la iglesia. El Pontífice le concedió benignamente todo lo que pedia, y ademas le concedió una pension anual de 800 ducados para su manutencion sobre el obispado de Santa Agueda. Habiendo sido reputada

corta esta pensión por los ministros de la real cámara de Santa Clara, cuando le pusieron el real asenso, le aumentaron otros cien ducados; pero Alfonso nunca exigió mas que la cantidad que le habia asignado el Papa.

Luego que sus diocesanos supieron que habia renunciado el obispado, no hubo uno que no se mostrase extraordinariamente affigido, viendo que perdian un pastor tan bueno, ó mas bien, un padre amorosísimo. El dió el aviso al cabildo de su iglesia catedral, y al instante fueron enviados á Arienzo dos canónigos comisionados tanto para complimentarlo, como para manifestarle el sentimiento que todos tenían de perderlo. Lo mismo hicieron otros canónigos en lo particular, y otras personas eclesiásticas y seculares que fueron espresamente á visitarlo y espresarle la gran pesadumbre que les causaba su partida. Pero él, entre tanto, lleno de júbilo en el Señor, no se cansaba de repetir: *Me he quitado la montaña de Taburno de encima de la nuca; que es justamente un cerro que hay entre Cápua y Nola. Y todavía añadia: ¡Oh qué cuenta tan grande ha de dar á Dios un obispo! No sé como pueda dormir un prelado.*

Despues dió orden á sus familiares para que mandasen de regalo á la iglesia catedral toda la plata que hubiese en su palacio; pero despues de rebuscar por

todas partes, no se encontraron mas que dos tenedores y una cuchara. Tambien donó á los administradores de los muebles todo su pobrísimo menaje doméstico, y solo les pidió de limosna su lechecillo, que consistia en un tosco jergon y un pequeño colchoncito, agregado despues de la gran enfermedad por orden de los médicos. Al ver una humildad y una pobreza tan heroicas, apenas pudieron contener las lágrimas todos los que se hallaban presentes, y el arcediano de la catedral de Santa Agueda, le dió el tubito de plata que habia rehusado antes, suplicándole que lo tomase, pero sin decirle una palabra sobre la materia de que estaba hecho. Despues de todo esto se dispuso á partir, y entre tanto se vió que todo el tren del obispo consistia en una simple canasta en que estaba una lámpara de laton, un hornito y una chocolatera de hoja de lata, que con el lechecillo indicado llevaba un jumento que iba detras del carruaje. Por otra parte, una gran multitud de pueblo, y una inmensa turba de pobres lo rodeaban llorando, y muchos de ellos lo acompañaron hasta San Miguel de los Paganos, siendo aquel dia, un dia de suma tristeza y de luto para la ciudad y para toda la diócesis de Santa Agueda.

Volvió, pues, Alfonso hácia fines del mes de Julio de 1775 á la casa de San Miguel de los Paganos de

su congregacion, donde luego que llegó suplicó humildemente á todos los padres que estaban presentes, que tuviesen la bondad de volverlo á recibir entre ellos. Despues al subir las escaleras que conducen coro de la iglesia iba repitiendo: *Gloria Patri. Esta cruz que llevo en el pecho y que me pesaba tanto cuando subia las escaleras del palacio episcopal, se ha puesto ahora ligerísima.* Llegado al coro y arrodillado ante el Santísimo Sacramento, se le oyo decir con la faz en tierra: *Agimus tibi gratias Señor, os doy gracia por haberme descargado de un peso tan grande: ya no podia mas.* Ademas, habiendo ido á cumplimentarlo y á felicitarlo por su regreso á la casa de San Miguel muchos sacerdotes y caballeros, dijo así á éstos como á todos los padres de su congregacion que se hallaron presentes, que juzgasen si podia tener la conciencia tranquila por la renuncia que habia hecho; porque despues de un maduro consejo de muchos hombres prudentes y doctos, y sobre todo, del padre Villani su director, habia espuesto humildemente al Santo Padre su incapacidad para continuar gobernando la diócesis, y que por esto se habia decidido á renunciarla, y no por algunos otros motivos humanos, ni por librarse de los cuidados pastorales, y pasar el resto de sus dias en el ócio y la tranquilidad; y que el mismo Sumo Pontífice para librarlo de

las angustias de su conciencia se habia dignado aceptar la mencionada renuncia. ¿Qué mas podia decir para demostrar su humildad, y al mismo tiempo su gran temor de errar, y de no conformarse en todo con la voluntad divina?